

R. THOUVENOT

## LAS MURALLAS ROMANAS DE CARMONA (PROVINCIA DE SEVILLA)

Presentación y edición ANTONIO GARCÍA BAEZA

Traducción FRANCISCO ESLAVA RODRÍGUEZ

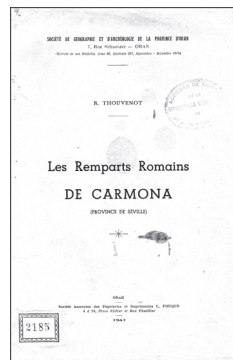
**MUCHO HA LLOVIDO DESDE LAS PRIMERAS PROSPECCIONES** arqueológicas en Carmona. De Bonsor al equipo municipal, numerosos y buenos profesionales han hecho de la ciudad su campo de estudio.

Juan Fernández López, Heliodoro Sancho Corbacho, Concepción Fernández-Chicarro, Manuel Bendala, Fernando Amores, María Belén Deamos, Ricardo Lineros, Rocío Anglada e investigadores de última generación, como Juan Manuel Román, han convertido a Carmona en uno de los términos mejor estudiados, conservados y preservados de la Península Ibérica.

Este intenso trabajo tiene además como resultado una amplia bibliografía<sup>1</sup>, conocida por todos, que trasciende el ámbito local. Sin embargo, hay textos que, bien por su rareza, bien por el idioma, bien por lo caduco de sus planteamientos, no lo son tanto. Es el caso del artículo en francés “Les Remparts Romains de Carmona (province de Séville)” de Raymond Thouvenot, publicado en la *Revista de la Sociedad de Geografía y de Arqueología de la provincia de Orán* en 1941.

Llama la atención en primer lugar que a dos años de la Guerra Civil Española y en plena Segunda Guerra Mundial se publique en Francia un trabajo tan exhaustivo sobre las defensas carmonenses. Sin embargo, el binomio Thouvenot - Carmona no es casual, sino heredero de más de un siglo de estudios galos en España.

El país vecino comienza a interesarse por lo español cuando Napoleón Bonaparte invade la Península, y siempre con una mentalidad romántica y exótica que busca el tipismo. De entonces son los títulos *Voyage pittoresque en Espagne*, del barón Taylor,



1. De este factor da sobrada cuenta la “Bibliografía general de Carmona” que desde el primer número de CA-REL viene publicando José María Carmona Domínguez.

o *Carmen*, de Prosper Mérimée. Un interés que no sólo recayó en el arte, sino también en la historia primitiva, hasta el punto de que en el botín francés, junto a los lienzos de Murillo, se trasladaron objetos arqueológicos que engrosaron los fondos del Museo del Louvre y del Museo Español, inaugurado en 1838.

A la sombra del *grand tour* y los primeros nacionalismos, surge la arqueología como ciencia auxiliar de la protohistoria y la historia antigua, y los primeros profesionales españoles y franceses comienzan a colaborar codo con codo en expediciones, excavaciones, congresos y publicaciones. De modo que el siglo XIX se puede reconocer en España como el siglo de los descubrimientos arqueológicos.

Emporión, Baelo Claudia, Baza, Elche, Altamira, Carmo... se convierten en nombres familiares para el lector de prensa decimonónica, que, a juzgar por la gran cantidad de notas arqueológicas de los periódicos, asiste con ansiedad a los múltiples descubrimientos, quizás buscando una afirmación nacionalista frente a las penurias de la política colonial. De modo que la arqueología incluso entiende de modas, según la necesidad social. Y así, a mediados del siglo XIX centra sus estudios en la etapa Ibérica; conforme avanza la centuria traslada su interés a la Edad de los Metales; y a comienzos del XX trabaja sobre Hispania.

Surge en 1916 el proyecto de la Casa Velázquez, centro de estudios y residencia para hispanistas galos en Madrid, impulsado por los gobiernos de Francia y España, que no alcanzará plena actividad hasta 1928, bajo la dirección de Pierre Paris<sup>2</sup>. En 1936, por razones obvias, el centro se vio obligado a abandonar el inmueble que ocupaba, pero no su labor, que continuó en Fez, volviendo a Madrid en 1940, para convertirse en uno de los grandes impulsores de la cultura en la posguerra.

Bajo la dirección de Paris, durante la segunda década del siglo XX, estudiaron Eugène Albertini, Gabriel Leroux, Raymond Thouvenot... que ostentaron el liderazgo de los estudios hispánicos en el exterior de la Península hasta mediada la centuria.

En concreto, Thouvenot se ocupó en sus comienzos de los bronce griegos y romanos del Museo Arqueológico Nacional<sup>3</sup> y

2. GRAN-AYMERICH, Eveline; GRAN-AYMERICH, Jean. “Les échanges franco-spagnols et la mise en place des institutions archéologiques (1830-1939)”. En: *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (Siglos XVIII- XX): Congreso internacional*. Madrid: Ministerio de Cultura 1991. p 121

trabajó con el propio Bonsor en la excavación y publicación de la necrópolis de Setefilla, en Lora del Río<sup>4</sup>. Pero pronto centró su trabajo en la Bética, tema por el que aún es conocido, particularmente, por sus estudios del viario romano.

La ciudad de Carmona, por su parte, ya era conocida en el ámbito científico. Entre otros factores, porque hacía casi cincuenta años que Rada y Delgado había publicado su monografía sobre la necrópolis romana<sup>5</sup>; porque había pasado algún tiempo desde que Bonsor difundiera internacionalmente sus teorías sobre la Edad del Bronce y la “cultura del baso campaniforme”<sup>6</sup>; y porque había desfilado por el municipio un sinfín de academias y sociedades excursionistas.

Thouvenot, por lo tanto, no escribe sobre Carmona y su romanidad por casualidad, sino por un cúmulo de circunstancias históricas concretas.

El artículo “Las murallas romanas de Carmona (provincia de Sevilla)”, en la actualidad, trasciende el ámbito arqueológico y adquiere tintes sociológicos, antropológicos, históricos e historiográficos que lo hacen objeto de interés para cada una de estas ciencias.

Tiene cuatro partes. La primera resume la historia bélica del enclave a través de los textos clásicos y la protohistoria carmonense, y las otras tres describen, poliétnica y formalmente, las murallas y sus dos puertas principales, que son las de Sevilla y Córdoba, ambas en el cardo máximo.

Posiblemente, Thouvenot conociera Carmona de manos de Bonsor, hijo adoptivo de ella, cuando colaboraron en las excavaciones de Setefilla. Sin embargo, su contacto con la localidad no debió ser profundo, sino que pudo reducirse a alguna visita esporádica con este investigador inglés y a un conocimiento a través de lecturas y de oídas, porque en la redacción hay errores de ubicación y de conceptos generales. En esta dirección apunta la primera nota del artículo: “Agradezco sinceramente a los funcionarios municipales y a los carmonenses” su colaboración.

Pudiéndose afirmar, además, que sus conocimientos de la historia local toman las pautas marcadas por la Sociedad Arqueológica

3. THOUVENOT, R. *Catalogue des figurines et objets de bronze du Musée archéologique de Madrid, 1: Bronzes grecs et romains*. Bourdeaux-Paris: 1927

4. THOUVENOT, R. *Nécropolis ibérique de Setefilla, Lora del Río, Séville. Fouilles de 1926-1927*. Bourdeaux: 1928

5. RADA Y DELGADO, Juan de Dios de la. *Necrópolis de Carmona. Memoria escrita en virtud de acuerdo de las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes de San Fernando*. Madrid: Imprenta y fundición de Manuel Tello, impresor de Cámara de S.M., 1885

6. BONSOR, George Edward. “Notas arqueológicas de Carmona”. En: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid: 1897, 1898 y 1899. I, II y III. Idem. *The archaeological expedition along the Guadalquivir*. Nueva York: The Hispanic Society of America, 1931.

de Carmona, puesto que los datos que maneja sobre protohistoria e historia son reflejos del trabajo de esta institución.

Abre el estudio un plano de la ciudad con los principales elementos defensivos marcados. Familiar en la forma para el lector contemporáneo, pero con sutiles diferencias de fondo que hacen irreconocibles algunos de sus componentes.

El texto es el resultado de un trabajo de campo, cuyo itinerario está numerado en el plano, partiendo del este y siguiendo el perímetro del recinto amurallado en el sentido inverso a las agujas del reloj.

Con un método eminentemente descriptivo, detallista, que se entretiene en todos y cada uno de los componentes de los muros, básicamente en sillares, mampuestos, ripios y tapiales en toda clase de aparejo, con los que data su construcción.

Pero este análisis de los paramentos de las murallas, que no de las puertas, evidencia tal simplicidad a la hora de catalogar que da la sensación de urgencia, prisa, y denota que el trabajo se haría en unos cuantos días y con precaria documentación.

Esta premura no le permite a Thouvenot pormenorizar ni indagar más allá de lo que estaba a la vista, sin examinar los restos ocultos, y con los conocimientos y las imprecisiones de la arqueología de entonces. Por ello, ha de ser valorado teniendo en cuenta el alcance de los medios que empleó y el momento en que actuó.

En consecuencia, el interés actual del texto radica más en sus pormenorizadas descripciones que en las reflexiones del autor, sobre todo, porque buena parte de los inmuebles que recoge no se conserva o está oculta por nuevas construcciones. Como ocurre con las estructuras que sitúa en el solar del colegio Pedro I.

El artículo sostiene teorías que están superadas por completo. Incluso planteamientos de partida equivocados, a la luz de posteriores hallazgos. Hablar de murallas romanas en Carmona, hoy, no se entiende, porque, a pesar de que las dos puertas conservadas son romanas al menos en su núcleo, no ocurre lo mismo con el resto de las defensas, que se rehicieron en el medievo.

Los últimos estudios sobre ellas remontan el comienzo de la cerca al siglo VIII aC, en el tramo occidental de san Blas<sup>7</sup>; el resto del flanco oeste se trazó cercana la batalla de Ilipia, 237 aC; lo mismo que la excavación de dos líneas de fosos y elevación de la puerta de Sevilla<sup>8</sup>, que en época romana se restituye y amplía.

“Hoy día, salvo las puertas de Sevilla y Córdoba y los cimientos de un lienzo en el Raso de Santa Ana, nada queda de esas imponentes defensas. La cerca murada debió discurrir sin apenas variaciones, bajo el trazado de las murallas medievales que todavía se conservan hoy, excepto la zona del Albollón y Cenicero, donde su trazado fue variando conforme se ganaba terreno a las dos vaguadas históricas colmatadas en época romana.”<sup>9</sup>

También yerra el estudio en la idea de que sólo hubo dos puertas de entrada a la ciudad y desconoce las vaguadas históricas de la urbe<sup>10</sup>.

Sin embargo, sus teorías sobre las puertas que se encuentran en el cardo crean precedente, y se mantienen hasta la fecha prácticamente iguales.

En el caso de la puerta de Córdoba, tras su reciente restauración por el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, se ha corroborado su origen romano<sup>11</sup>, y las comparaciones con otras puertas triunfales, como la puerta Negra de Tréveres, o la Áurea de Espoleto, son acertadas. Porque es un espacio que, a la vez que tiene finalidades defensivas muy concretas, al ser el único lugar de paso por el este, también posee un carácter propagandístico, al encontrarse en un punto visual inmejorable.

En la descripción de formas y teorías sobre la puerta de Sevilla ocurre un tanto de lo mismo, y sería interesante valorar puntualmente este apartado del trabajo en comparación con los textos de Alfonso Jiménez<sup>12</sup> y con los más novedosos del Con-

*Andaluz del Patrimonio Histórico*. Año VII, nº 33. Sevilla: Consejería de Cultura Junta de Andalucía, IAPH, 2000.

12. JIMÉNEZ MARTÍN, Alfonso. *La Puerta de Sevilla en Carmona*. Sevilla: Consejería de Obras Públicas y Transportes, 1889.

7. BELÉN DEAMOS, María; et alii. *APUNTES PARA UN CENTRO DE INTERPRETACION DE LA CIUDAD: EN LA CASA-PALACIO MARQUES DE LAS TORRES*. Carmona: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Dirección de Bienes Culturales; Excmo. Ayuntamiento de Carmona, Delegación de Conservación del Patrimonio, Turismo y Medio Ambiente, Servicio Municipal de Arqueología, 1996. p. 15.

8. Ídem. p. 19.

9. Ídem. p. 22.

10. LINEROS ROMERO, Ricardo. “Urbanismo romano de Carmona I”. En: *Carmona Revista de Estudios Locales: CAREL*. Núm. III. Carmona: S&C Ediciones; Delegación de Cultura y Patrimonio del Excmo. Ayuntamiento de Carmona, 2005.

11. OJEDA CALVO, Reyes. “De *Porta Urbica* a Puerta Neoclásica de la Ciudad: Estudio y valoración arqueológicos de la Puerta de Córdoba de Carmona”. En: *Boletín del Instituto*

greso de Historia Romana de Carmona<sup>13</sup> y de Ricardo Lineros ya mencionados.

Finalmente, no podemos olvidarnos del aspecto romántico que envuelve a todas las descripciones de lugares e inmuebles, a las que podemos añadir las ilustraciones. Parece que Thouvenot no había superado la idea del viajero romántico, que buscaba en España el pasado bucólico, la Carmona de “calles, largas y estrechas, bien soladas con guijarros, a veces penosos para los pies del viajero”<sup>14</sup> donde “las piedras tomaron una bella coloración rojiza cálida y tostada, a veces dorada bajo el sol con anchas manchas violetas, allí donde la lluvia hizo reaccionar los óxidos metálicos en la piedra”<sup>15</sup>.

Todos estos aspectos hacen de “Las murallas romanas de Carmona (provincia de Sevilla)” un texto ineludible dentro de la bibliografía arqueológica local, nexa entre los trabajos de los miembros de la Sociedad Arqueológica y los estudios de posguerra de Heliodoro Sancho Corbacho y Concepción Fernández-Chicarro.

13. *Carmona Romana. Actas del II Congreso de Historia de Carmona. Carmona Romana (Carmona, 29 septiembre-2 octubre 1998)*. Carmona: Universidad de Sevilla; Delegación de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Carmona, 2001.

14. Ver infra.

15. Ídem.

SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA Y DE ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE ORÁN

C/. Schneider 7 – ORÁN

*(Separata de su Boletín. Tomo 62, fascículo 217. Septiembre-Diciembre 1941)*

---

**R. THOUVENOT**

---

# Las Murallas Romanas DE CARMONA

(PROVINCIA DE SEVILLA)



ORÁN

---

Sociedad Anónima de Papelerías e Imprentas L. FOUQUE  
*Plaza Kléber y calle Thuillier 4 al 10*

---

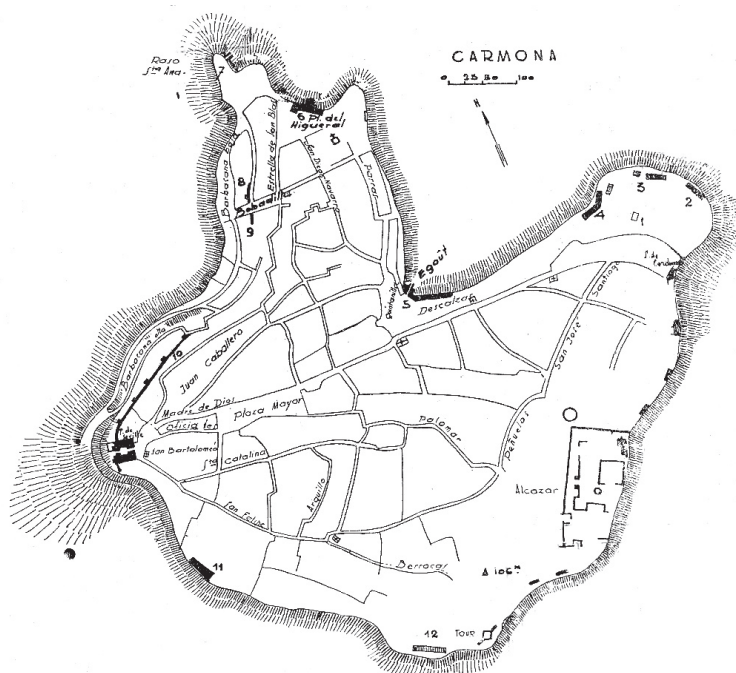
1941

blanca



## Las murallas romanas de Carmona PROVINCIA DE SEVILLA <sup>1</sup>

*A la memoria de Fr. Doumergue*



El turista que va de Sevilla a Córdoba por la orilla izquierda del Guadalquivir, el antiguo Betis, pasa poco después de Sevilla a la pequeña ciudad de Carmona. Encaramada de manera pintoresca sobre un espolón de los Alcores -una alineación de acantilados rocosos, cuyo paso lleva hacia Estepa y la región de Granada- desde donde domina una vega fértil, verdadero mar de olivos y cereales. Sus calles, largas y estrechas, bien soladas con guijarros, a veces penosos para los pies del viajero, están flanqueadas por casas silenciosas de paredes blanqueadas, coronadas por los elegantes campanarios de sus iglesias, que se animan especialmente en el barrio principal, donde están las plazas plantadas de árboles,

1. Agradezco sinceramente a los funcionarios municipales y a los carmonenses las facilidades que me han dado para reunir los materiales de este trabajo y la cordialidad con que siempre me acogieron.

Nota del editor (Ne). La numeración original de las notas es corriente por página, pero aquí, para evitar problemas derivados de la diferencia de paginación, es corriente para el texto completo.

cuidadas con esmero por un ayuntamiento preocupado por el buen aspecto de la ciudad, que acogen por la tarde las conversaciones callejeras y los paseos de los jóvenes.

En la actualidad, Carmona sólo es un satélite de Sevilla, pero esto no ha sido siempre así. Por su enclave, siempre tuvo un asentamiento humano importante. Los yacimientos prehistóricos, sobre todo de época neolítica y de la edad del bronce, son particularmente interesantes. Toda la región fue colonizada por los cartagineses<sup>2</sup>. Además, conserva de la época romana vestigios importantes: la necrópolis, mosaicos muy artísticos y también las murallas. De las que vamos a ocuparnos en adelante.

Los escasos pasajes de autores antiguos donde aparece el nombre de Carmona hacen alusión, precisamente, a su inexpugnable emplazamiento. Es aquí donde, en la Segunda Guerra Púnica, Asdrúbal, hijo de Gisgon, concentra sus ejércitos en 206 aC, antes de pasar el Betis y ser derrotado por Escipión, el futuro Africano, en Ilipa (cerca de Alcalá del Río). Es al abrigo de sus murallas donde Ser. Sulpicio Galba se refugia precipitadamente con su caballería, en 152 aC, después del desastre ante los lusitanos, y recompone su ejército<sup>3</sup>. Por último, en ella se establece en 46 aC, durante las guerras civiles entre César y Pompeyo, Casio Longino, gobernador puesto por César al mando de la España Ulterior, cuando una parte de sus tropas se había rebelado, y donde se retira después de la llegada de Lépido y Trebonio, enviados por César para restablecer el orden, antes de ir a embarcarse a Málaga con el fruto de sus rapiñas<sup>4</sup> y naufragar en la desembocadura del Ebro.

La robustez del enclave había sorprendido a César<sup>5</sup>. Pero los ingenieros romanos no se conformaron con las ventajas naturales que ofrecía lo abrupto de las pendientes, y siguieron los consejos de Vitruvio para trazar el amurallamiento de lugares escarpados y contorno sinuoso con el objeto de ver al enemigo desde distintos sitios<sup>6</sup>. A lo que añadieron unas murallas muy fuertes, que han subsistido en parte hasta nuestros días. Aunque, sin duda, el *opus romano* ha sido reemplazado en bastantes puntos por el *tapiál musulmán* o la mampostería de tiempos de Pedro el Cruel. Con todo, queda buena parte del recinto cuyo trazado y construcción está por determinar y, como sobre ello no se ha hecho ningún estudio hasta el presente, es interesante analizar sus elementos

2. G. ED. BONSOR. *Les colonies agricoles préromaines de la vallée du Betis*, R. A. 1899. Para la historia de Carmona en la Edad Media: M. FERNANDEZ LOPEZ. *Historia de la ciudad de Carmona*, Sevilla 1886.

3. APPIEN, *Iber*, 25 y 58.

4. CÉSAR, *Bel*, *Alex.*, *Ivil* 2; *Ixix*, 1.

5. "Carmonenses, quae est longe firmissima totius provinciae civitas". (CAES. *De Bel. Civ.*, II, 19, 4).

6. VITR., *I*, x, 9 y 13.

en todos los detalles y, así, veremos cómo los romanos supieron sacar el máximo partido de una plaza naturalmente fuerte, pero de planta caprichosa.

El amurallamiento seguía exactamente el contorno irregular del escarpe donde se levanta la ciudad, lo que acrecentaba la colina con la altura de la muralla, que avanzaba en salientes y retrocedía en vastas escotaduras redondeadas, siendo difícil calcular la superficie cercada. Además, la ciudad actual, curiosamente, está desplazada: los dos promontorios que flanqueaban la puerta de Córdoba están hoy abandonados, cubiertos de flores y cultivos donde el arado saca gran cantidad de cascotes romanos de la baja época o musulmanes, y los nuevos barrios están situados fuera de la puerta de Sevilla, alrededor de la iglesia principal, extendiéndose hacia la estación del ferrocarril, por un lado, y hacia la necrópolis romana y la carretera a Sevilla, por otro (plano, fig. 1).

En primer lugar, sobre el promontorio N-E vemos, en su centro (1), los restos de un pequeño edificio casi cuadrado (4.50 x 5.20 m). Los muros aún tienen 0.56 m de espesor y apenas superan 0.70 m de altura. Son de cascote gris de textura muy compacta y contienen piedras gruesas como puños unidas con mortero. La factura no es musulmana, ni nada permite, en ausencia de excavaciones, decir para qué servía este templete de origen romano. Sobre el propio promontorio nordeste, casi en el mismo sitio, pero un poco más cerca del borde, se levanta una torre musulmana. Si bien, como esta manzana está edificado en época romana, la presencia de una torre allí no tiene explicación. Más bien, parece una cisterna.

Si se avanza hacia la vega, justo en el corte del alcor, encontramos el primer resto del recinto amurallado (nº 2). Presenta al exterior tres hiladas de sillares, cúbicos u oblongos, dispuestos de modo regular, ligeramente retranqueadas unas en relación con las otras, que se elevan hasta 2 metros de altura. En el centro están bien emparejados, con juntas a hueso, mientras que en otros lugares están separados por un lecho de mortero mezclado con pequeñas piedras, que es resultado de una reparación posterior. Uno de estos bloques tiene un canalón en dos tercios de su longitud: parece un umbral de acarreo, que apunta a un arreglo parcial de la pared, en época visigoda, probablemente. La cara interna es de sillares

de dos tipos: uno gris, muy duro, que parece más antiguo, y otro amarillento y friable. El primero es indiscutiblemente romano y constituye los cimientos, que siguen en línea recta unos 5 o 6 metros más allá del muro.

A continuación, en (3) encontramos cuatro muros de tapial islámico, dispuestos regularmente unos cerca de otros, un buen trabajo musulmán, muy compacto y bastante duro, que debía asentarse en cimientos romanos. En efecto, las lluvias derrumbaron un trozo del borde de la meseta y, bajo la pendiente, en la base del terraplenado moderno, hay grandes sillares, romanos, sin ninguna duda, que tienen las dimensiones ordinarias del *opus quadratum*, que rodaron por la pendiente en varios pedazos.

En (4) posiblemente está el resto más característico. A lo largo de 9 metros, tenemos cuatro hiladas de sillares a hueso. Cuando, con el tiempo, las juntas se gastaron por la cara exterior se rellenaron los huecos con mortero y ripio. La inmensa mayoría de estos sillares mide de 1.20 a 1.40 m de longitud, 0.60 de altura y 0.50 de espesor<sup>7</sup>. Tanto el paramento interno como el externo están realizados de idéntica manera y recubren un relleno de cascotes<sup>8</sup>. Es el procedimiento de construcción de los muros de Pompeya, que datan de fines de la República, de los de Aosta, que se remontan a Augusto, y también del primer recinto de Autum, con el paramento interior y exterior en grueso aparejo muy cuidado de paralelepípedos alargados<sup>9</sup>. En Carmona, los perpiaños y sillares aseguran la cohesión del conjunto.

En (6) encontramos los mismos elementos: tapial encima y grandes sillares romanos abajo, que afloran en el corte del alcor y que, en los demás sitios, están enterrados bajo las ruinas del muro<sup>10</sup>. En esta parte, desgraciadamente, hay adosadas cochineras, que impiden examinar la fábrica de cerca. Es una lástima, porque delante, sobre una pequeña explanada, parece que existe la cimentación de una torre de mampostería de planta semicircular<sup>11</sup>, lo que sería una excepción en Carmona. Detrás de las cochineras, distinguimos las

7. Una de las piedras tiene 4 agujeros cuadrados alineados de 5 x 5 cm, que son los agujeros de las espigas, y posiblemente ha sido desplazada.

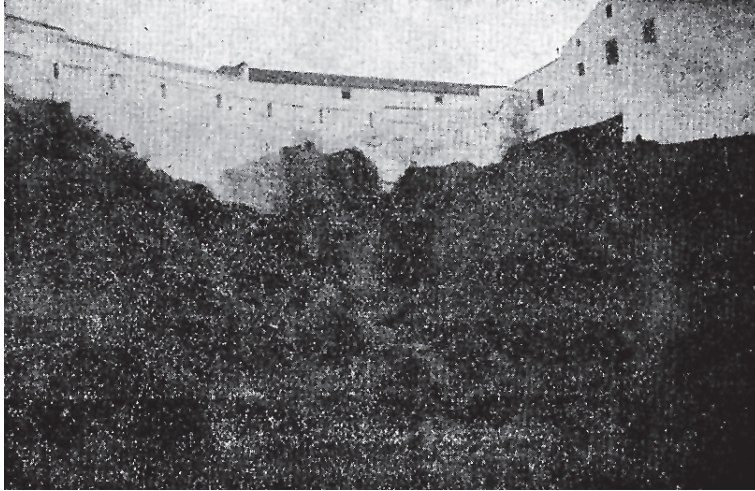
8. Sobre un espesor total mínimo de 1.71 m y máximo de 2, el bloque intermedio tiene de 0.50 a 0.60 m. Es muy romano: de aspecto homogéneo y relleno de piedras del grosor de dos puños. Encima corre una larga banda de cantería de aparejo medio y pequeño, y más arriba, el inevitable tapial, lo que hace suponer que fue reparada dos veces, en dos épocas diferentes.

9. A. MAU, *Pompeji in Leben und Kunst*, p. 242. A. MAIURI, *Studi e ricerche sulle fortificazione di Pompei*. Monum. d. Lincei 1930, XXXVIII, p. 265; D. *Studi e ricerche sulla fortificazione di Pompei*, Monumenti Antichi, XXXIII, 1930-31, pp. 115 ss. R. CAGNAT y V. CHAPOT, *Man. D'arch. rom.*, p. 66. A. BLANCHER. *Les enceintes romaines de la Gaule*, p. 15.

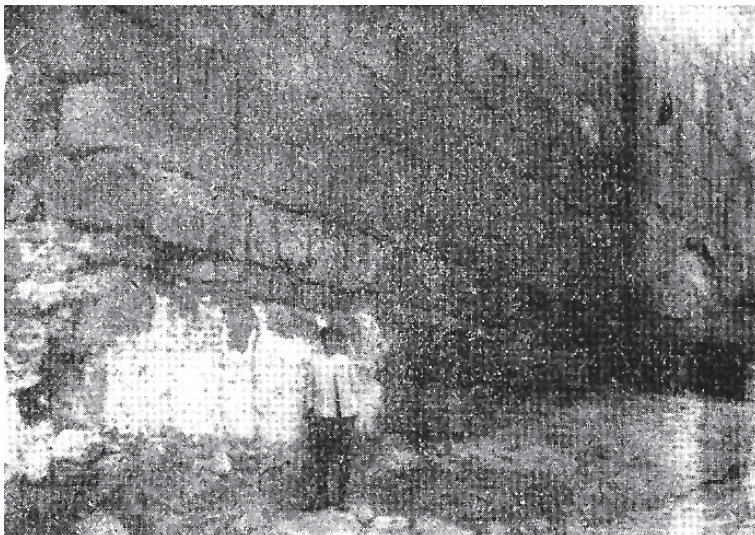
10. La parte (5) es musulmana, pero en el hueco próximo desemboca una alcantarilla romana.

11. El área del círculo mide 8 m de cuerda y 3 de radio; parece que su pared tenía menos de 0.75 m de espesor, lo que es poco.

piedras romanas, unidas por un mortero con tejoletas<sup>12</sup>, y un poco más lejos, detrás de la línea de la muralla, restos de construcción que bien podrían ser los de una amplia torre que avanzaría hacia el interior. Tres bellas piedras romanas están incrustadas allí en un macizo de mampostería cuya fecha es imposible determinar<sup>13</sup>.



El (7) se encuentra fuera de la meseta propiamente dicha y forma un saliente por encima de la salida de una segunda alcantarilla antigua. Es también imposible decir si existía allí un bastión romano, porque los sillares están ligados con una mezcla de ladrillos y de tapial de todas las épocas.



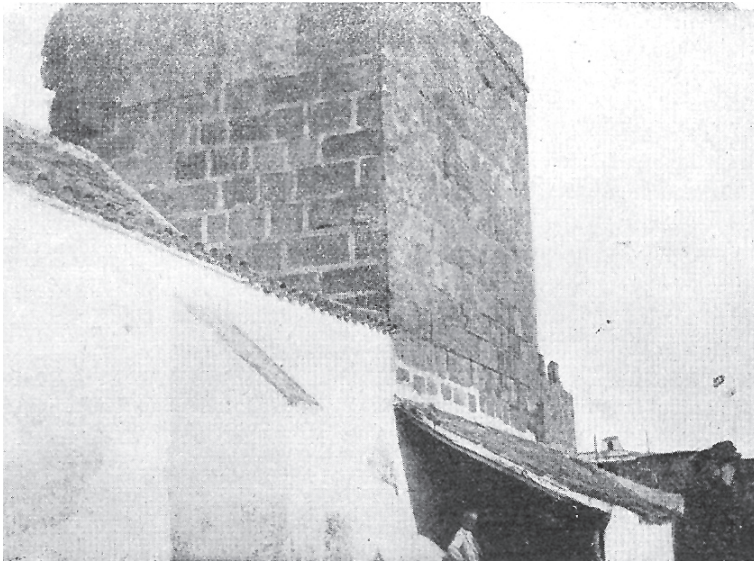
▲ Fig. 2. Carmona. Alcantarilla romana.

◀ Fig. 3. Carmona. Muralla romana (nº 8 del plano).

12. Este mortero aparece en España a fines de la república.

13. Una segunda alcantarilla romana desembocaba aquí, fuera del recinto.

En (8) se extiende, sobre una longitud de 34 metros, un buen trozo de muralla, donde la mezcla de elementos romanos y medievales es singularmente interesante (fig. 3). El muro no está en línea recta, sino dividido en dos segmentos por un ligero resalte. En el trozo (a), entre la segunda y la tercera hilera, se ha intercalado una de piedras planas que parecen similares a las baldosas islámicas, aunque algo parecido se encuentra también, a veces, en los aparejos romanos, como los he visto en alguna ocasión, caso de Baelo<sup>14</sup>, en una poterna. Además, si fue reparado, pudo serlo después del siglo IV y no necesariamente en época visigoda ni islámica. El segmento (b), por el contrario, es más homogéneo; los sillares sólo faltan en algunos huecos, que han sido tapados mal que bien por una basta mampostería.



Pero esto es así en el paramento interior, que sigue la calle. Para ver el exterior es necesario entrar en los patios que dan a la calle llamada de la *Barbacana baja*<sup>15</sup>. Donde salta la sorpresa al ver levantarse, en medio de cobertizos y casuchas, una magnífica torre cuadrada (fig. 4). Las construcciones adosadas están habitadas por distintas familias, por lo que ha sido imposible examinar muy de cerca y medir el edificio. Pero la fachada, de grandes sillares, es incuestionablemente de origen romano: las dimensiones, la perfección de la talla, la disposición alterna de las juntas, lo prueban. Pero decir hasta dónde llegaban los cimientos romanos no es fácil, porque las llagas fueron tapadas con un mortero a base de yeso.

▲  
Fig. 4. Torre romana.

14. P. PARIS, *Fouilles de Baelo*. t. 1, pl. V. B.

15. No hemos encontrado rastro de la poterna que se supone existía con este nombre.

Se reconocen bien, encima, cimientos en mampostería y, en el remate, el inevitable adobe musulmán, con una banda saliente. Lo interesante sería ver con precisión cómo está hecha la unión entre los sillares y la mampostería. Si es que se une a hueso a las últimas hileras de piedras, sería también obra romana. La parte interior está macizada, el primer piso forma una cámara y, en el segundo, la meseta debía sobrepasar el camino de ronda que recorría el remate de la cortina. De modo que, a pesar de las reparaciones y los remiendos, el conjunto todavía tiene un porte altivo; sobre todo, las piedras tomaron una bella coloración rojiza cálida y tostada, a veces dorada bajo el sol con anchas manchas violetas, allí donde la lluvia hizo reaccionar los óxidos metálicos en la piedra.



El recinto continuaba en línea casi recta y, un poco más allá, en un patio (fig. 5), encontramos otro fragmento (9) ligeramente retranqueado. Posiblemente hacía allí un quiebro la muralla para seguir con exactitud el borde de la meseta. Sólo quedan cuatro filas de gruesos sillares, ajustadas a hueso y, delante, los restos de un espeso macizo de mampostería entre 0.60 y 0.70 m. Es el mismo dispositivo que en (4). ¿El saliente formado por las piedras que avanzan a la izquierda correspondía a una torre? Es posible, esto explicaría el quiebro, pero no encontramos a la izquierda ni a la derecha el otro lado de la torre; aunque pudieron hundirla para abrir la calle transversal. A nuestro entender, esto sería, más bien, un elemento de estructura que unía de trecho en trecho, a través del bloque, la barbacana con la muralla para asegurar su comunicación y dar cohesión al conjunto. El muro, aquí, parece haber sido mucho más grueso, sin motivo aparente.

▲ Fig. 5. Carmona. Muralla romana (nº 9 del plano).



El tramo (10) es imposible seguirlo, porque tiene casas adosadas por las dos caras. A lo largo de 40 o 50 metros, sólo vemos las torres que emergen por encima de las palmeras y de los tejados, que sirven de azoteas (fig. 6); sobresalen de 3.50 a 4 m y tienen unos 5 de frente<sup>16</sup>.

En el interior del Hotel Comercio, el muro ha sido horadado para alojar una escalera, donde medimos un espesor de 1.80 m. Este lugar es el único en el que se puede apreciar la muralla romana, y comprobamos que no existe camino de ronda interior<sup>17</sup> ni troneras.

Más allá está la puerta de Sevilla. El talud que domina la carretera está reforzado por bloques que sostienen todavía el camino que rodea la ciudad: gruesos sillares y tapial en (11) y (12). La torre musulmana que se levanta sobre el espolón sudeste corta en diagonal una línea de muro en "*saxum quadratum*", que marca sin duda el emplazamiento de la muralla romana.

A continuación está el Alcázar, fortaleza casi inexpugnable que Pedro el Cruel había hecho edificar, donde puso a resguardo a sus mujeres, hijos y tesoros cuando estalló la rebelión en Sevilla. Estamos en plena construcción medieval. Sin embargo, la muralla exterior está labrada con elementos romanos; sobre los cimientos distinguimos todavía marcas de cantero; los bloques de cimentación romanos están reaprovechados y asoman allí donde el muro medieval quiso. Más allá, junto a los cortinales, encontramos vestigios que nos devuelven al punto de partida.

\* \* \*

◀ Fig. 6. Carmona. La muralla romana vista desde el Hotel Comercio (nº 10 del plano).

16. Las torres de las ciudades galas presentan la misma disposición, pero la mayoría de las veces son redondas. A. BLANCHET, *Les enceintes romaines de la Gaule*, p. 262. Al igual que en la mayoría de la España del Norte. M. GOMEZ MORENO, Bol R. Ac. Hist. LVIII, 1911, p. 185.

Estas torres son, pues, diferentes a las de Barcelona; rectangulares, también, que por lo general miden más de 5 m de frente: 5.50 y 7 m en la calle Subteniente Navarro, 6 y 6.50 m en la plaza Conde Berenguer el Grande; y con salientes que oscilan entre 3 y 3.50 m. Están también macizadas hasta la altura del primer piso actual, pero son mucho más altas que las de Carmona; una fábrica romana visible todavía mide al menos 9 m. Las torres de Coria, en Extremadura, también tienen una longitud irregular: 4, 1.50, 5m. Sus salientes son más o menos constante: 3.50.

Ne. Los dos párrafos de la nota precedente están numerados en el original como distintas, pero en la misma página y con



La parte más débil de un recinto es siempre la puerta. Es interesante ver cómo los ingenieros romanos solucionaron este inconveniente. Las puertas de Carmona son dos en total, por fuerza, porque no hay otro acceso a la meseta. Están a la entrada y a la salida de la ruta de *Hispalis* hacia *Obulcula* (Monclova), *Astigi* (Écija) y Córdoba, que es un tramo de la gran vía *Augusta*, de Roma a Gades. ¿Es posible que hubiera en época romana más de una poterna? Desde luego, dos calles conservan los nombres de *Barbacana alta* y *Barbacana baja*, justo en un sitio donde el escarpe es menos pronunciado.



La puerta de Córdoba (fig. 7), modificada por los árabes, fue transformada en arco de triunfo en el siglo XVII, bajo el reinado de Carlos II, de lo que da fe una inscripción conmemorativa. Para ello fue preciso eliminar: 1º, sobre las torres, todo lo que sobrepasaba el primer cuerpo: piso superior y corona de merlón, viéndose bastante bien el límite de la construcción romana debajo del revoque; 2º, en el centro, el arco y el asiento superior de sus pies derechos, los dentículos y balaustradas, el edículo superior y, sin duda, también las columnas, galerías y medallones. El pedestal de las columnas, labrado con sillares, podría ser antiguo, pero no debemos confundirlo con el entrepaño de fondo, en el que los bloques se unen con mortero. Aunque los romanos pudieron ya haber tenido la idea de transformar esta puerta en un bello monumento, visible desde lejos, como el arco de Medinaceli, que guarda todavía su majestuoso aspecto. Desde luego, en la parte puramente romana de la torre izquierda existen restos de pilastras. Hay ejemplos de puertas fortificadas de época romana que sirven

el mismo número de remisión.

17. Como en Coria.

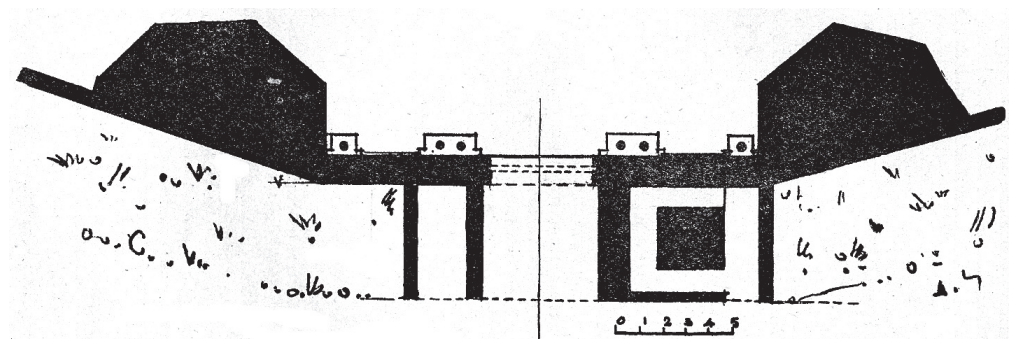


Fig. 7. Carmona. Puerta de Córdoba.

al mismo tiempo de arcos de triunfo. La puerta de Perigueux, la de Langres, la puerta de Augusto en Nimes, la *Porta Nigra* en Tréveris, las puertas Borsari y Leoni en Verona, la de Bizya en Tracia, la puerta nordeste en Volubilis, en la Mauritania Tingitania, donde también tienen una decoración de pilastras y columnas.

En la actualidad, la puerta consta de un solo vano, abovedado de cañón<sup>18</sup>, como en Barcelona, en Lugo o en Coria. A la entrada del vano observamos en el muro, a derecha e izquierda, dos profundas ranuras de 15 centímetros de ancho y 3 metros de alto. Lo que invita a identificarlas con el canalón para el rastrillo, a pesar del poco espesor. Tiene exactamente la misma disposición que encontramos en la *Porta Aurea* del palacio de Diocleciano, en Espoleto<sup>19</sup>.

La parte de la puerta entre las torres que está sobre el vano tiene un frente muy peculiar (fig. 8). Hay en el centro un núcleo macizo con una galería a la que se accede por el interior de la ciudad, desde las casas particulares que están a la derecha e izquierda. Los accesos no son simétricos, porque la casa del alfarero guardó la disposición primitiva, que parece la más lógica, mientras que la galería de en-



trada de la casa de enfrente, obstruida sin duda por el lado derecho, se apoya en el muro. Se entra a media altura, aproximadamente, y se baja por una galería al piso inferior, que corresponde, visto desde fuera, al nivel de un primer piso o de un entresuelo (nivel de la ventana moderna visible bajo la arcada) no de un piso bajo. Esta galería, que va estrechándose, es inclinada, tiene bóveda de cañón y mide unos dos metros de altura. Llevaba también al piso superior, pero, ahora, está tapada, por lo que hay que subir por una escalera moderna exterior para llegar encima del arco.

▲  
Fig. 8. Carmona. Puerta de Córdoba.

18. Largo de 5 m, ancho de 6.

19. CAGNAT y CHAPOT, *Manual de Arqueología romana*, t. I, p. 75.

Las dos torres que flanquean el arco son poligonales, forman semihexágonos, poco regulares, por cierto, no octógonos como en Espoletto o en Como; tienen el defecto de presentar hacia el campo una arista en vez de una cara, es decir, un ángulo muerto. Este inconveniente es, en verdad, reprobable, aunque tiene un lado perpendicular a la muralla, guardando correctamente los accesos de la puerta. Es probable que se pudiera ir de una torre a otra por encima del vano por un camino de ronda, del que todavía existe un acceso cómodo, obstruido solamente por la parte derecha.

La torre de la izquierda, despojada en parte del revoque islámico, de acceso fácil, aún muestra en la base una docena de grandes sillares, que alcanzan 5.50 o 6 metros de altura. Las llagas primitivas estaban en vivo, pero las inclemencias desgastaron las aristas y las grietas que formaban se rellenaron con ripio. Las caras miden al exterior 4 metros, salvo las que se apoyan en la muralla, que miden 3.50 m. En las aristas quedan rastros en bajorrelieve de una pilastra estucada, doble, acanalada y apoyada en una basa con dos molduras. Este ornato era antiguo, sin duda; tiene la parte superior perdida, está aplacado en la torre y aún está revestido en algunas partes de un revoque pintado; podemos, pues, suponer que en el siglo XVII estaría entero y que fue desmochado cuando los musulmanes rehicieron la parte superior de la torre, conservando un revoque rojizo la parte inferior, donde únicamente permanecen.

Las dos primeras hiladas de sillares en la base están escalonadas y tienen dos salientes, el de abajo es de 29 cm y el otro de 22, lo que refuerza el pie de la torre y la asienta de modo decorativo. Por último, anotamos que la resistencia al ariete y a la zapa estaba asegurada, porque la parte inferior de la torre es totalmente maciza, lo mismo que la cortina, sin casamata.

---

La puerta de Sevilla es más curiosa (fig. 9 y 10). Conservó su papel militar y, como protegería el punto más débil de la ciudad, los musulmanes la reforzaron, aunque la parte romana aún se conserva, encastrada en los añadidos medievales.

Viniendo de Sevilla, antes de atravesar la puerta, vemos a su izquierda y anexo a ella un alto muro, de 16 metros, aproximada-

mente. Se trata de una gruesa torre que sobresale en planta del recinto. Esta enorme torre del homenaje está construida en sillares solidamente unidos con mortero; los inferiores, almohadillados. Este detalle no prueba que primitivamente fuera una construcción romana; primero, porque las piedras fueron retalladas, por lo que son más pequeñas que las piedras romanas ordinarias que figuran en esta misma construcción; y además, porque esta torre estuvo muy desprotegida, amenazada por tres de sus lados, mientras que ella sólo amenazaba el flanco izquierdo del agresor, justamente el mejor protegido por el escudo. Estas cuestiones dejaban indiferentes a los musulmanes, pero preocupaban a los ingenieros romanos. El interior de la construcción, incluida la cisterna, es, por otra parte, medieval.

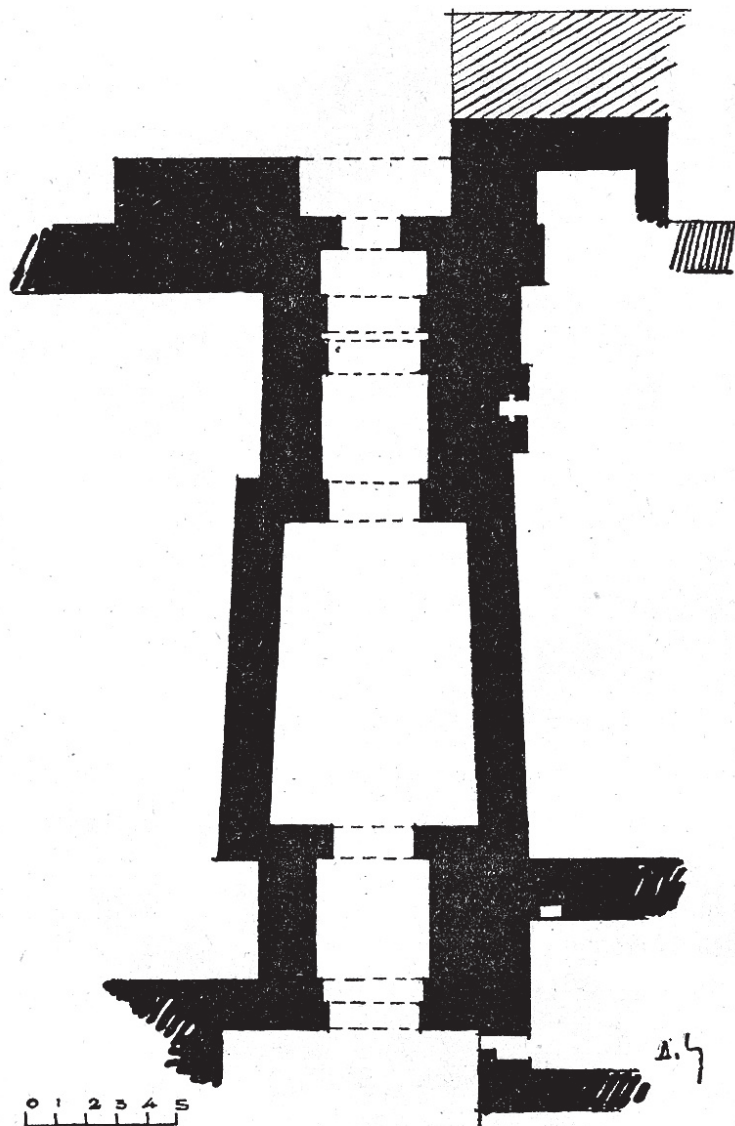
Pasando el arco de herradura, que a la derecha se apoya en un resalte romano, entramos por un arco de medio punto, mucho más bajo que el islámico que le precede, en la parte verdaderamente romana. El poco deterioro que sufrió con el tiempo, dicho sea de paso, ha sido torpemente reparado con ladrillos.



◀  
Fig. 9. Carmona. Puerta de Sevilla (salida hacia la ciudad).

Descansa en dos pilastras que, en la parte inferior, parecen que han sido recortadas a la altura del hombre, posiblemente para aumentar la anchura del paso. El arco está enmarcado por un alfiz rehundido en la piedra, labrado a posteriori. A sus lados se ven todavía los huecos para los goznes.

Se pasa a un pequeño corredor de 1.50 m de largo (la anchura de cada uno de los batientes) abovedado en cañón. Este abovedado



◀ Fig. 10. Carmona. Puerta de Sevilla.

tiene dos arcos fajones, bastante anchos, que también descansan en pilastras recortadas. El espacio de 0.50 m que los separa es igual que antes citado para la puerta de Córdoba. ¿Era el paso del rastrillo? Es probable, porque estaría situado detrás de la puerta, sin impedir su apertura, hundido y poniendo un nuevo obstáculo, imprevisto.

Pasando el segundo tramo del corredor, algo más ancho, cubierto también con bóveda de cañón, entramos en un cuerpo de guardia a cielo abierto a través de un cuarto arco semejante a los anteriores, pero perfilado por fuera con una moldura de dibujo muy clásico, totalmente diferente a las molduras islámicas que encontramos en la propia Carmona y en Sevilla<sup>20</sup>, que remarca el extradós y recorre los laterales del muro a la altura de los riñones (fig. 11). El corredor completo tiene 10 metros de longitud y es algo más ancho al fondo que a la entrada. La pared de la izquierda es imponente, está labrada en sillares almohadillados; pero desgraciadamente no podemos decir a partir de qué nivel ha sido reparada y recrecida (posiblemente por San Fernando). Si la cornisa era igual en las cuatro frentes, sufrió una intervención desde una altura muy baja. Aunque más bien creemos que la altura primitiva era la de la pared de enfrente, donde se habilitó un piso bajo y otro piso de altura modesta, con 6 metros en total. Este patinillo, controlado por todas partes, era, por tanto, un verdadero cepo para los sitiadores, que, una vez forzadas las primeras defensas del paso, podrían creerse



◀ Fig. 11. Carmona. Puerta de Sevilla. Cuerpo de guardia.

20. Una moldura del mismo género se encuentra en el patio de la iglesia del Salvador, en Sevilla. Patio árabe, pero con capiteles visigodos y romanos. Otra, en la pequeña nave de Alcantarillas.

en la ciudad, estando, sin embargo, retenidos ante una nueva puerta y agobiados por una lluvia de disparos de los sitiados desde los cuatro puntos cardinales.

El segundo corredor permite, por fin, el acceso a la ciudad, reproduce el primero, aunque es más corto, tiene un solo tramo abovedado, reforzado por arcos a la entrada y la salida. El de entrada sufrió algo y sus dovelas debieron ser retalladas, lo que disminuyó su luz notablemente, sobre todo en los riñones. El arco de salida es doble, su portada interior es ligeramente más grande, como si se hubiese reducido la mitad de la longitud de sus dovelas para disminuir el saliente bajo la bóveda.

El frente del arco que da a la ciudad está también decorado con una moldura en el extradós.

La entrada debió estar flanqueada por dos torres. La de la izquierda la absorbió la torre del homenaje islámica, la de la derecha aún existe, embutida en una pequeña tienda. Tiene en planta un saliente de 2 metros por un frente de 6. Es maciza y está hecha de gruesos sillares en la base y a continuación de mampostería muy dura, según sus habitantes; porque el espeso enlucido que la recubre y los locales adosados impiden estudiar in situ su factura.

La longitud total de la obra es de 25.50 m, sin las torres. La anchura de paso es de 3.50 m. El espesor de los muros del cuerpo de guardia, 1.80 m, lo mismo que los muros cortina, allí donde pudimos medirlos.

Así, pues, las puertas de Córdoba y Sevilla suponen un notable fortalecimiento de la defensa; pero, mientras que la primera, con doble batiente y rastrillo, no es una obra independiente y sólo se diferencia del resto de la fortificación por las torres que la flanquean y el mayor espesor del muro, que la emparenta con el tipo de puerta de San Andrés, en Autun; la segunda, por el contrario, se asemeja a una auténtica torre del homenaje, como la *Porta Appia* en el muro de Aurelio, la puerta de Turín o la *Porta Nigra*, por lo mucho que sobresale a uno y otro lado de la muralla.

¿Es posible concluir este estudio con la datación de las fortificaciones romanas de Carmona?

Por un lado, no hay lápida que nos informe sobre su construcción ni tampoco hallazgo de monedas en la propia fábrica. Y por otro, el derecho a la muralla constituía para las colonias, en cierto modo, un privilegio: así, la ley de Osuna prevé la carga a los ciudadanos y residentes de las prestaciones para la construcción y el mantenimiento de las fortificaciones de la colonia Julia Genetiva Urso<sup>21</sup>; pero Carmo sólo era municipio<sup>22</sup>, posiblemente sólo de derecho latino, y lo fue bastante tarde, en el siglo I dC, porque Plinio el Viejo la ignora en la relación de ciudades privilegiadas de la Bética; por tanto, no tuvo, pues, razón alguna para circunvalar un recinto para materializar el límite religioso que le habría asignado su fundador. En fin, si la “civitas firmissima” de 49 aC fue provista de una ciudadela, *arx*<sup>23</sup>, donde Varron estimó oportuno dejar algunas cohortes para guardar la ciudad, no tenemos prueba de que el “municipium Carmonense” del Imperio la hubiera conservado y que los muros romanos visibles en la actualidad tuvieran algo que ver con ella. Es muy probable que creciera en los dos primeros siglos del Imperio y desbordara las murallas del *oppidum* ibérico, dejándolas a su suerte, sin mantenerlas. Debemos, pues, tratar de fechar, aproximadamente, este recinto por comparación con otras ciudades romanas.

Observamos, en primer lugar, que es muy diferente al de Osuna, excavado por los señores Paris y Engel<sup>24</sup>. Ambos, contornean con exactitud las cumbres que ocupan, pero el de Osuna es mucho más tosco: consiste en un terraplén de una decena de metros de espesor, apisonado entre dos revestimientos (el exterior, formado por piedras mal labradas, dispuestas a lo largo y en capas unidas con mortero de tierra) guarnecido con gruesas torres semicirculares de trazado irregular. Ha sido fechado por los dos arqueólogos con mucha probabilidad en los años que precedieron a la campaña de César, en 45 aC.

También es diferente de otros amurallamientos de España, particularmente de la Citerior. La muralla de Lugo está edificada con placas de pizarra unidas con un mortero excelente, siendo la solidez de la obra de tal índole que, para abrir en ella una calle, hubo que volar una parte. Tiene *saxum quadratum* muy espeso en las torres y en los cimientos de las cortinas (de 6 a 7 metros por término medio), siendo las torres circulares. El de Coria, también muy espeso, es de bloques revestidos de *saxum quadratum*

21. *Lex. Col. Jul. Gen.*, XCVIII.

22. Concluimos su organización en municipio en presencia de *IVviri*, C.I.L., 1379, 1380.

23. *Bel. Civ.*, XIX, 3.

24. *Une forterese ibérique à Osuna*, *Nouv. Arch. las Mis. Scient.*, XIII. Fasc. 4, 1906.



compuesto en buena parte a base de lápidas, fustes de columnas y estelas, en definitiva, de elementos de acarreo traídos de otros monumentos<sup>25</sup>. Más aun difiere de la inmensa mayoría de los recintos galo-romanos estudiados magistralmente por M. A. Blanchet: en particular, no encontramos los armazones de ladrillos, característicos de ellos. Se parecería más bien al recinto de Barcelona, que comprende también un núcleo de ripio revestido de gruesas piedras talladas, aunque el nuestro es de un espesor mucho mayor, pues, como vimos, los propietarios de las casas que están adosadas excavaron en algunos lugares auténticos cuartitos. Ha sido fechado con mucha verosimilitud en los años que siguieron a la construcción del muro de Aurelio en Roma, en el que parece inspirarse<sup>26</sup>.

Es comparable a los amurallamientos de las ciudades italianas y galo-romanas más antiguas, con las que encontramos más semejanza, como hemos podido constatar. Los de Pompeya, que datan del primer siglo aC, están formados por dos paramentos de grueso aparejo, con el hueco intermedio macizado de ripio, alcanzando un espesor total de seis metros; la homogeneidad del conjunto está asegurada por contrafuertes internos, ausentes en Carmona, salvo en un único punto (9). Los de Aosta datan de la época de Augusto, están labrados en ripio, tienen un ancho de 2.80 m en la base y 2.50 m en la parte alta, están revestidos de aparejo y provistos también de contrafuertes, como los de Fréjus, que son contemporáneos<sup>27</sup>. Los muros de Viena, en mampostería homogénea de cantos rodados incrustados en mortero, con paramento de grueso aparejo aplacado simplemente, sin sillares, y el primer recinto de Autum, de 2.40 m de ancho, formado por dos paramentos y un grueso aparejo, que siluetea la colina y data de la misma época, son posiblemente los que más se acercan al nuestro<sup>28</sup>. En la misma Bética, Córdoba fue dotada de un recinto amurallado, posiblemente, en el momento de su erección como colonia, entre la guerra del 45 y la reorganización de la España Ulterior por César, primero, y por Augusto, después. Los restos recuperados en fecha reciente en las demoliciones de casas presentan el mismo sistema que tiene Carmona: bloques entre dos paramentos en *saxum quadratum*, pero tampoco aquí tenemos ningún elemento para la datación.

Sin embargo, podemos adelantar que los muros de Carmona, contruidos en materiales homogéneos, son anteriores a la in-

25. La muralla de Segorbe, en la Alta Valencia, de 2.20 m de espesor, con revestimiento de grueso aparejo en la base, ha sido construida con mucho menos cuidado. C. TORRES, ap. Bol. de Excursiones, XIX, p. 223. La fechamos de la misma época que la de Coria, según los sectores que pudimos examinar.

26. I. A. RICHMOND, *Five town-walls in Hispania Citerior*, J. R. St., 1931, I, XXI, pp. 95 ss.

27. CAGNAT y CHAPOT. *Man. d'arch. rom.*, I, p. 66.

28. A. GRENIER, *Manuel d'archéologie gallo-romaine*, I, pp. 326 y 339.

cursión germánica del siglo III, que provocó la erección de las primitivas fortificaciones de Coria, Lugo y Barcelona, en las que el sistema es muy diferente, inspirado aún en la tradición de la época de Augusto<sup>29</sup>.

Fortificación homogénea, decimos. Posiblemente, esto no es tan cierto en las puertas, que pudieron ser alteradas y reforzadas después. Sin embargo, todos sus elementos característicos se aprecian claramente en las puertas del Alto Imperio. Tienen un solo vano, como la puerta de Stabies, en Pompeya, la puerta de Francia, en Nimes; y fueron provistas de gradas, como la puerta de Antibes, incluso la de Herculano, en Pompeya. La galería superior se encuentra también en la puerta de Augusto en Nimes, y en las puertas de Autum, pero es un elemento de defensa, por tanto, imposible de eliminar. La puerta de Córdoba, en Carmona, tiene torres poligonales, que bien pudieron ser añadidas a posteriori, copiadas de Spalato<sup>30</sup>, Como y Zaragoza<sup>31</sup>; desde luego, no encajan correctamente con el resto de la obra, como encajan las dos torres cuadrangulares de la puerta de Sevilla.

En fin, con lo que tienen más semejanza nuestras dos puertas es con ciertos campamentos de *limes* germánico o africano<sup>32</sup>. Sus cuerpos centrales (18 y 7 m) más estrechos que las de Nimes y Autum (40 y 9.50 m) se emparentan con los de las puertas de Colonia, Bonn y Xanthen (30, 26, 12 m). Como éstas, nuestra puerta de Córdoba no tiene cuerpo de guardia. Como en las *castella* de *limes* germánica, las dos torres de flanco avanzan, mientras que el resto de la obra queda embebido en la ciudad; sobre todo, en la puerta de Sevilla. Ahora bien, estas obras datan de la época de los Flavios y de los primeros Antoninos. En Oriente, la puerta de Bizia, en Tracia<sup>33</sup>, obra que data de mediados del siglo II dC, se asemeja bastante a nuestra puerta de Córdoba, si se admite que las hornacinas y las columnas son anteriores a la restauración del siglo XVII. En África, el recinto de *Rapidum* (Sour Djouab) tiene sillares revestidos de gran aparejo y torres rectangulares; fue reparado en tiempos de Diocleciano y Maximiano, pero la obra data de los emperadores Marco Aurelio y Verro<sup>34</sup>. En particular, el arco de triunfo realizado en Mauritania Tingitana, en Volúbilis, en honor de Caracalla, presenta como nuestra puerta de Córdoba, columnas adosadas sobre zócalo elevado y, en medio de los montantes, sobre las hornacinas, remata un medallón circular.

29. SCHULTZE, *Die römischen Stadttore*, Bonner Jahrbücher, 118 (1999), p. 289.

30. SCHULTZE, *ibid.*, p. 341

31. Marq. de MONSALUD. *Las murallas romanas de Zaragoza*, B. R. Ac. Hist. 1910, LVII, p. 513.

32. SCHULTZE, *ibid.*, pp. 312 ss.

33. *Íd.*, *ibid.*, pp. 325-6.

34. R. CAGNAT, *L'armée romaine d'Afrique*, p. 619.

◀  
Fig. 12. Volubilis

35. *Hist. Aug. Vif. Marc.*  
XX.

36. H. DESSAU, *Inscr. Lat. Sel.*, nº 1354 y 1354 a. Cf. R. THOUVENOT. *Les incursions des Maures en Bétique*, *Rev. Et. Anc.*, 1939, p. 20.

En consecuencia, las murallas de Carmona serían construidas en la segunda mitad del siglo II, posiblemente en el reinado de Marco Aurelio, lo que explicaría su similitud con las de *Rapidum*. Sabemos positivamente que, bajo su reinado, los piratas moros venidos del Rif probablemente, sacando provecho de que el emperador estaba ocupado en rechazar las invasiones germánicas sobre el Danubio, hicieron incursiones en España<sup>35</sup>. La ciudad de Barba Singilia, que había resistido valientemente su asedio, y la ciudad de Itálica, levantaron estatuas a C. Vallius Maximianus, procurador de Lusitania, que los había rechazado, restableciendo la paz en la provincia<sup>36</sup>. Podría ser que los habitantes de Carmo, después de esta alerta, se pusieran a fortificar la ciudad. Disponiendo de recursos suficientes en dinero y materiales -pues las canteras explotadas en la Antigüedad están todas próximas- y labrando con toda tranquilidad, pudieron construir un recinto vasto y homogéneo, empleando sus autores los principios de construcción entonces en vigor y adaptando la muralla al perfil del terreno, para redoblar su fuerza. Si no la hicieron más resistente es porque el enemigo a vencer no realizaba un asedio en regla ni disponía de material suficiente: ariete o instrumentos de zapa. Lo más necesario, sobre todo, impedir una escalada imprevista, dando al muro una altura suficiente. Las murallas romanas de Carmona se levantarían, pues, en el último cuarto del siglo II.

blanca